

En esto volvió el bando á acometer con nuevo brío la tarea de desclavar el cuerpo del Redentor; pero este las dijo:

—Cesad en vuestro deseo; lo que escrito está se ha de cumplir. Dejad que el Hijo del Hombre muera en la cruz como el más infame de los malvados.

—Bien, Señor—dijo la golondrina ciega—pero dadnos, al menos, una prueba de vuestra bondad inagotable.

—Tomad—dijo el Señor.

É inclinando la cabeza, dejó caer sobre las golondrinas algunas gotas de sangre de la que corría por su purísima frente, sangre que salpicó el plumaje de las avecillas, que, presas de la mayor alegría, comenzaron á piar dando gracias al Todopoderoso.

Dos gotas de la sangre de Jesús cayeron sobre los ojos del avecilla ciega y recobró la vista.

—Esta mancha de vuestro plumaje—dijo el Señor—será desde hoy vuestra salvación. La morada del hombre será, en adelante, vuestra morada y todos os respetarán, porque esa es mi voluntad.

Desde entonces llevan las golondrinas en la cabecita y la pechuga unas manchas encarnadas, y todos, jóvenes y ancianos, las respetan y quieren.

SILENCIO INEFABLE

En la hora suprema de la Redención, veo á Jesús mirando con ternura infinita á quienes lo clavaron en la Cruz y... callo, para hablar en el único lenguaje del alma, en el idioma del amor!...

ANTONIO ARZÁC.